

Las máscaras del cuerpo

Muy bueno

☆☆☆☆

“El Rojas danza con todo”: “Materia viva”, de y por Yamila Uzorskis; “Cuerpo-Sin”, coreografía de Cristina Cortés, por el grupo Pinócteros, con Cristina Cortés, Paula Budník y Cecilia Pujín. Música: Maurice Ravel, Miguel Rausch y Juan Bernabé. Centro Cultural Rojas. Funciones: jueves y viernes, a las 20.30.

Un concurso coreográfico convocado por el área de danza del Centro Cultural Rojas derivó en una invitación a los ganadores para que integraran la programación de 2005. Los dos trabajos seleccionados para este primer programa, uno de Yamila Uzorskis y otro de Cristina Cortés, coinciden parcialmente en el ocultamiento y/o enmascaramiento del cuerpo como criterio rector. Pero las propuestas son bien distintas.

En “Cuerpo-Sin”, la obra de Cortés, por lo demás, se abre un poco audazmente, montada en el célebre “Bolero”, de Ravel. Los cuerpos de tres bailarinas, enfundados en un almohadón y en telas blancas; marcan las pulsaciones de la archisabida partitura, dibujando en el espacio ángulos y prominencias. Dos de las chicas se liberan de las “atauras” de las telas que camuflaban sus cuerpos y se trenzan en dúos informales, irónicos, valiéndose de una prenda —una chaqueta— para acercar y fundir

sus figuras. La restante, aislada (Cortés), va emergiendo del enorme almohadón y, con un slip como único atuendo, compone una muñeca mecánica que va marcando el ritmo raveliano con diseños geométricos.

“Cuerpo-Sin” ingresa en su segunda parte apoyándose en un flamenco con fuerte percusión árabe, que imprime un franco viraje de la dinámica en el planteo coreográfico; la combinatoria de juegos, intensa, pero un tanto aleatoria, se orienta en otras búsquedas, con la inclusión de un proyector en escena que impone la presencia estática de un rostro de mujer semicubierto. Aquí vuelve a ocupar un rol importante el notable vestuario de Cecilia Rius que confiere a esta irregular pieza un atractivo visual.

Animar lo inerte

“Materia viva” es un unipersonal que revela a una artista de talento singular. Su exploración coloca a la danza en un raro sitio referencial, ya que no es el cuerpo expuesto el que propone variantes de movimiento y composición. La responsable total de esta experiencia es Yamila Uzorskis, pero se ignorarán sus rasgos hasta casi el final de la pieza. Lo que domina la escena es un papel madera desplegado desde la parrilla, que acaba en un cilindro en el piso. Ese rollo es como una bolsa acostada que comienza a animarse y

adquirir formas. Va cambiando, adquiere contornos de cuerpo humano, “respira”, se enrolla sobre sí mismo, jadea, tiembla, diríase que es algo vivo: lo orgánico de un cuerpo humano trasladado a una materia inerte.

Es un alma encerrada en la cárcel no de un cuerpo, sino del papel. Y en realidad lo que se mueve en el corazón de ese módulo con forma cilíndrica es un cuerpo, no visible para el espectador. La autora de esta singular invención maneja la progresión del despliegue con pericia; se excederá al prolongar la duración de la pieza, pero ése es otro problema. El monstruo de papel cobra una dimensión gigantesca y amenaza, desde el proscenio, como una Moby Dick acartonada: respira y jadea desde una banda sonora muy atinada de Juan Pedro Oholeguy. Algo se rasga en lo alto del caparazón y emergen pies: lo que logra emerger del monstruo es una sugerente criatura acrobática de cabeza dorada, como la de la diosa Shakti. Lo que sigue en el tramo final se apoya más en técnicas de circo que en las de danza, pero la idea de la integración de lo corporal con las texturas del papel se plasma cabalmente. Una concepción de admirable coherencia, en fin, que acaso se convierta en un clásico del arte performativo.

Néstor Tirri